

PRESENTACIÓN

¿Y quién se ocupa de lo que parece imposible, pero es justo?

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

*Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones
Universidad Rey Juan Carlos. Madrid*

“**D**efender los derechos humanos es defender los derechos de los hombres contra la razón de Estado... Y la respuesta del poder no es decir que esto no es justo, sino que, aunque es justo, resulta imposible”. Apenas había cumplido veinte años Simone Weil cuando hace casi exactamente nueve décadas, en los primeros días de 1929, sostenía que las tareas de la Liga de los Derechos Humanos no dependían de la acción de las instituciones o de la coyuntura histórica, sino del sentido del compromiso cívico con el inexorable itinerario hacia la emancipación de la condición humana.

El pasado mes 24 de agosto se cumplió el septuagésimo quinto aniversario de su fallecimiento en un sanatorio antituberculoso en Ashford. Tenía apenas 34 años, y se encontraba desnutrida y agotada. Y se ha convenido en que había decidido dejar de tomar alimento y habitar en las más ásperas condiciones para hacer suyo el sufrimiento

de quienes padecían la guerra, la persecución, la penuria y la tristeza. Que su compromiso con la causa de los Derechos Humanos había conducido a una de las más prometedoras pensadoras del siglo XX a convertir su propia vida en un radical testimonio existencial

El mejor cine es parte de ese compromiso cívico. Y una joven investigadora española ha decidido recoger la antorcha de ese compromiso en clave académica y universitaria. Porque este libro del que es autora Cristina Sánchez Esteban, *Derechos Humanos y Crisis de Refugiados en el Cine*, no es únicamente, que también, un Trabajo Fin de Grado en Derecho que obtuvo la máxima calificación cuando su autora culminó su Doble Grado en Periodismo y Derecho con la misma brillantez con la que había venido cursándolo. Cristina Sánchez, a la que tuve la oportunidad de impartir la asignatura *Historia del Derecho* en su segundo año de carrera, era ya una estudiante que destacaba (dentro, además, de una extraordinaria promoción) por su inteligencia, por su madurez, y por su sentido de la excelencia y de la exigencia. Una magnífica escritora, un intelecto poderoso y una implacable estudiante, de las que desafía en cada clase al profesor a demostrar que no agotó su repertorio académico el primer día. Es decir: una universitaria de raza.

Y una jurista que ofrece una primera muestra de su talento y de su capacidad para aplicar rigor, seriedad y disciplina a la transformación de una responsabilidad cívica en una reflexión monográfica. Para un profesor representa siempre una enorme satisfacción asistir al despliegue de un itinerario creador esencial a la personalidad de su autora. Cristina Sánchez escribe porque sabe hacerlo. Es una escritora natural, fluida. Muy inteligente y, por lo tanto, fatigable. Pero disciplinada y constante.

El libro, que disfruta de una selección de fuentes de conocimiento tan cuidada como amplia, y que acude a un elenco de películas suma-

mente diverso por el género y el tratamiento de la materia (yo debo manifestar aquí, apenas unos días después del fallecimiento de mi admirado Charles Aznavour, último superviviente de la irrepetible escena artística de mi amada Francia de la IV República, mi absoluta debilidad por *Ararat* de Atom Egoyan, y mi indignación por el vergonzoso silencio que todavía envuelve al execrable genocidio del pueblo armenio, y ya más de un siglo después) concilia dos universos siempre tan permeables entre sí como el cine y el derecho con verdadero sentido científico, con un más que grueso espesor intelectual, y con un magnífico, vigoroso y convincente estilo.

Una cualidad científica y cívica precisaba este trabajo: la empatía. Y Cristina Sánchez Esteban es capaz de caminar con los zapatos del otro con elegancia y conciencia. Edith Stein, compañera de generación de Simone Weil, también de origen judío y convertida al catolicismo, también desaparecida durante un verano del mundo en guerra, el 9 de agosto de 1942, pero asesinada por el nazismo en Auschwitz, había dedicado su tesis doctoral en Filosofía, que bajo la dirección de nada menos que Edmund Husserl defendió en Friburgo de Brisgovia, y también en medio de una contienda mundial, la Gran Guerra, a finales de 1916, precisamente a la empatía, entendida como “problema”. En Cristina Sánchez Esteban, sin embargo, la empatía es solución. Una jurista encuentra la solución donde una filósofa detectaba un obstáculo. Para cuantos amamos el derecho, algo así representa una magnífica noticia.

Porque, en realidad, la ausencia de empatía es también uno de esos estúpidos mecanismos de defensa a los que acude la condición humana cuando se enfrenta a cuanto ignora, es decir, a casi todo, y no acude a fuentes de inspiración tan iluminadoras como la humildad y la sencillez. *Telefonami tra vent'anni* es el título de una canción que Lucio Dalla compuso hace casi cuatro décadas, cuando el artista boloñés

trascendió más allá de *Piazza Grande* y 5 marzo 1943 hacia formatos más eléctricos, y con una instrumentación más compleja. Pero la letra es bien simple: describe a un joven que le sugiere a su pareja un espacio concreto para la reflexión, nada menos que veinte años, para reanudar la relación el año 2000.

El joven no sabe qué decir, no puede responder, y no tiene el deseo de entender. Piensa en una vida lejos, y en un regreso con la barba más blanca, la maleta en la mano, una bicicleta y unas gafas de sol, sabiendo que, en un salto, habrán transcurrido veinte años y se encontrará, de un salto nos encontraremos todos, en otra fase de la historia del proceso de civilización.

Recuerdo la admiración por Lucio Dalla en mi hogar romano. Y la ensoñación milenarista con la que escuchábamos esta canción, en pleno cambio de gobierno, en julio de 1987, mientras *La Repubblica* anunciaba el nacimiento del "Goria I", y yo me quedaba en solitario defendiendo, sin demasiada convicción, al joven y barbudo nuevo presidente del Consejo de Ministros que llegaba al cargo dos días antes de cumplir 34 años mientras dirigía mi añoranza hacia alguno de sus ilustres predecesores en el Palacio Chigi. Lucio Dalla soñaba con que los seres humanos no alcanzáramos el 2000 en fila, sino todos juntos, pero también "en modo diverso". Él llegaría vestido de torero y con una tarta en la mano. El compositor boloñés soñaba con un futuro que no dejara de sorprendernos.

Dalla era un verdadero artista y, por lo tanto, también un verdadero sabio, y ponía letra y música a la convicción de que, en la historia, siempre, se avecina lo inesperado. Y que los seres humanos debemos enfrentarnos a lo inesperado con autenticidad, confianza y estilo, es decir, con vigor, ilusión y alegría. Porque un artista es un cronista de lo imprevisto y un augur de lo imprevisible. Un hombre que, como el protagonista de la canción de Lucio Dalla, alberga capacidad de

asombro, y asiste al ascenso de una *montgolfiera* con la boca abierta y sin palabras. Es decir: una persona viva.

El nuevo milenio, sin embargo, puso de manifiesto que la historia es inseparable, y siempre, no ya de lo inesperado, sino de lo insólito. Insólito era el derrumbamiento de todos los muros tras la caída del stalinismo. E igual de insólito el levantamiento de muros virtuales después. Muros de indiferencia hacia la reaparición de las prácticas genocidas en los Balcanes, en África y en el Próximo Oriente. Muros que tratan de contener lo incontenible: el renacimiento de un proyecto de civilización basado en Atenas, Roma y Jerusalén, en la centralidad de cada ser humano concreto, la acción emancipadora del derecho, y la facultad humana de luchar por la trascendencia, que no excluye ni teme, sino que acoge e integra.

El libro de Cristina Sánchez Esteban analiza el impacto de esos procesos en el cine con la formación y el rigor de una jurista, la inteligencia y cultura de una académica de vasta formación, y la sensibilidad y lucidez de una ciudadana. Su libro llega en pleno cambio de época, a las puertas del universo. Lucio Dalla advertía, finalmente, que junto a esas puertas un teléfono suena por la tarde bajo un cielo de todas las estrellas de una inquietante primavera. Simone Weil seguramente le hubiera respondido que no hay más rastro estelar que el que dejan los seres humanos libres. Y yo, que humildemente pienso que escribimos, también, para sentirnos más libres, reconozco en las páginas de este libro de Cristina Sánchez Esteban un extraordinario rastro estelar.

En Torrelavega, 18 de noviembre de 2018.